

Capítulos seleccionados

PLATERO

¿Cómo era Platero?

- 1 Platero era pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que parecía que no tenía huesos, que era de algodón. Pero sus ojos, negros, eran como espejos de azabache -esa reluciente piedra negra- porque eran duros como dos escarabajos de cristal.
- 2 Cuando lo dejaban suelto, se iba al prado. Con su hocico acariciaba las flores rosas, azules, amarillas. Y cuando lo llamaban, cuando oía su nombre -"¡Platero!"-, acudía enseguida trotando tan alegremente que parecía que se reía, que sonaban cascabeles.
- 3 Comía lo que le daban. Le gustaban las mandarinas, las uvas de color amarillo, transparente, como el ámbar, los higos morados...

- 4 Era tierno y mimoso como un niño, como una niña; pero, en cambio, por dentro era fuerte y seco, como una piedra.
- 5 Los domingos, cuando Juan Ramón, montado en él, llegaba a las calles del pueblo que daban al campo, los campesinos, con camisa blanca, limpiísima, se quedaban mirándolo y le decían:
 - Tien 'asero...
- 6 Y es verdad que tenía "acero", porque era duro por dentro como el acero, pero por fuera era suave y peludo.
- 7 Algún anochecer, cuando Platero y su amo entraban en el pueblo, lleno de la luz morada del crepúsculo, por una calle muy humilde que daba al río seco, los niños pobres jugaban a ser

- 7 mendigos: uno se ponía un saco en la cabeza, otro se hacía el cojo. Pero enseguida se olvidaban de su papel de pobres, y presumían de lo que tenían sus padres. Uno decía:
- Mi pare tié un reló e plata
- ¡Su padre tenía un reloj de plata!
- 8 Otro presumía del caballo de su padre:
- Y er mío, un cabayo.
- 9 Y entonces otro hablaba de la escopeta del suyo:
- Y er mío, una ejcopeta.
- 10 El reloj de plata sabía muy bien lo temprano que tenía que

levantarse el padre del niño pobre para ir a trabajar. La escopeta no serviría para matar el hambre de la familia del otro niño. Y el caballo del tercero sólo les llevaría por una vida sin dinero. Eran pobres. Pero los niños jugaban y cantaban, felices.

- 11 Una niña forastera, la sobrina del Pájaro Verde, lo hacía con voz suave, dulce, como si fuera una princesa:

Yo soy laaa viudiiitaa

Del Condeee de Oréé...

Platero y Juan Ramón oían su canción al entrar en el pueblo.

FUEGO EN LOS MONTES

- 12 ¡Qué miedo da ver el fuego en el monte! En verano, cualquier descuido puede provocar el fuego, que enseguida quema árboles y árboles, y lo deja todo negro, sin vida. Juan Ramón nos habla de un día terrible que hubo fuego en los montes.
- 13 ¡Sonaba la campana gorda en el pueblo!... Tres..., cuatro toques. Al oírlos, alguien dijo:
- ¡Fuego!
- 14 Y todo el mundo dejó de cenar. Llenos de miedo, todos subieron muy deprisa a la azotea por la estrecha escalera de madera.
- 15 Anilla, que ya estaba arriba, gritó escalera abajo:
- ¡Es el campo de Lucena!
- 16 ¡Tan, tan, tan! La campana siguió sonando con sus duros golpes. Tenían todos el corazón encogido. Alguien dijo al verlo a lo lejos:

- ¡Es grande, es grande...! ¡Es un buen fuego!

- 17 Sí. En el horizonte de pinos, se veían las llamas. Era como una pintura roja y negra. A veces brillaba más; otras, lo rojo se hacía casi rosa, del color de la luna que sale.

- 18 La noche de agosto se quedó parada; parecía que el fuego estaría ya en ella para siempre. Una estrella fugaz corrió medio cielo y desapareció en lo azul.

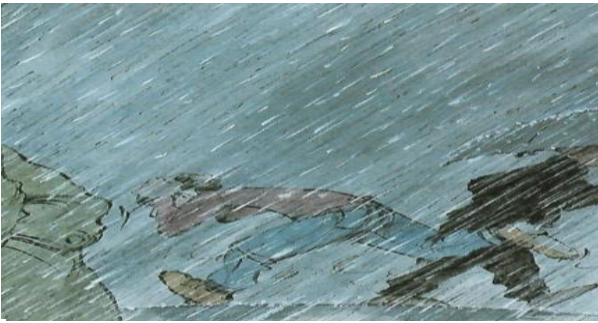
- 19 Juan Ramón, que estaba en la azotea viendo el fuego, oyó de pronto un rebuzno de Platero, allá abajo, en el corral. El burrito olería el olor del fuego o sentiría la inquietud de todos, y él también se habría puesto nervioso.

- 20 Todos habían bajado ya, y el poeta se había quedado solo en la azotea. Se acordó entonces de un hombre un poco viejo, gordo, moreno, con rizos blancos. Cuando él era niño, creía que era ese hombre el que quemaba los montes.

21 Llevaba una chaqueta negra y un pantalón de grandes cuadros blancos y marrones, y tenía los bolsillos llenos de cerillas de Gibraltar, largas, muy largas. Pero él no quemaba los montes, sólo vestía de forma distinta.

22 ¡Qué miedo y qué pena da cuando hay fuego en el monte, como en esa noche de verano en Moguer, en que sonó la campana gorda!

TORMENTA



23 Una tarde estalló una tormenta en Moguer. Da mucho miedo ver la naturaleza enfurecida, con toda su potencia. Nos sentimos todos muy pequeños entonces. Lo cuenta Juan Ramón y cómo pensaba en su Platero, solo en la cuadra.

24 Sentía miedo y un sudor frío en la piel. El terrible cielo no dejaba salir al sol. No había por dónde escapar. Había un silencio total. Y de pronto el trueno sordo retumbó como un bostezo que no se acababa del todo, como si una enorme carga de piedra se cayera desde lo más alto sobre el pueblo. No se veían pájaros ni tampoco las flores; parecía que habían desaparecido.

25 El sol intentaba salir entre las nubes negras. Sólo podía pintar el cielo con colores malvas y rosas tristes, sucios, fríos, que no acababan de vencer del todo la negrura.

26 Se oía llegar el coche de las seis. El cochero, en medio del diluvio, cantaba para espantar el miedo. Luego se oyó un carro de la vendimia, vacío, que iba deprisa.

27 Sonaban las campanas. Tocaban el ángelus, la oración de la tarde. En ese momento, a Juan Ramón le hubiera gustado que dejaran de sonar o que sonaran más fuerte y no dejaran oír la tormenta. Iba de un lado a otro sin saber qué hacer.

28 Los truenos seguían retumbando. No había por dónde escapar. Se oían por todas partes voces de niños asustados. Y el poeta pensaba en Platero, tan solo en la cuadra del corral.

29 Pasó la tormenta, y desapareció el miedo. Platero quedaba ya tranquilo en la cuadra.

LA CARRETILLA

30 Platero podía también ayudar a los demás. Era fuerte y obediente, y un día hizo que una chiquilla dejara de llorar.

31 Había llovido mucho. Juan Ramón y Platero, paseando, llegaron

al arroyo grande, que el agua de la lluvia había hecho desbordar y llegaba a las viñas.

32 Allí encontraron atascada, una vieja carretilla, cargada de hierba y de naranjas. Una niña, con vestidos rotos y

32 sucios, lloraba empujando en vano una rueda; pero no podía sacarla del barro. Quería ayudar con su poca fuerza al borriquillo, más pequeño y más flaco que Platero. Y el pobre animalito intentaba inútilmente arrancar del fango la carreta. Pero los dos no conseguían nada.

33 Al verlo, Juan Ramón acarició a Platero para que no se asustara y lo enganchó, como pudo, a la carretilla, delante del pobrecito borrico.

34 Entonces le mandó que tirara. Y Platero, obediente, de un tirón, sacó

la carretilla y al animalito del fango, y les subió la cuesta.

35 ¡Cómo sonreía la pobre chiquilla! Fue como si el sol saliera detrás de sus lágrimas.

36 Y con su alegría todavía llorosa, le dio a Juan Ramón dos naranjas, finas, pesadas, redondas. El poeta las cogió, agradecido, y le dio una al borriquillo débil, como consuelo; y otra a su valiente Platero, como premio por su esfuerzo. ¡También Platero podía ayudar a los demás!

LA NOVIA

37 Un día Platero vio una burrita preciosa. Y ella le vio a él. Vamos a oír cómo lo cuenta Juan Ramón.

38 El claro viento del mar subía por la cuesta roja, llegaba al prado, reía entre las tiernas florecillas blancas. La tarde se alegraba con el viento que venía con la suave frescura y el olor del mar. El sol y el viento llenaban de gozo el corazón.

39 Platero llevaba contento, ágil, por la cuesta, a su amo. Parecía que Juan Ramón no le pesaba. Subieron por la colina como si fueran cuesta abajo. A lo lejos se veía el mar como na cinta brillante entre los últimos pinos. Abajo, en los prados verdes, saltaban los asnos de mata en mata.

40 Se notaba algo especial en el ambiente. Platero levantó las orejas, dilató las narices enseñando sus dientes amarillos. Estaba respirando hondamente algún extraño olor que le llegaba al corazón.

41 Y de pronto, Juan Ramón lo entendió todo. Sí. Ahí tenía, en otra colina, a una burrita, a su amada, fina y gris. Y los dos rebuznaron, contentos al sentirse, aunque estuvieran tan lejos.

42 Pero su amo no dejó que se acercara. Tenía que llevar a otro lugar al pobre enamorado Platero. La bella novia del campo lo vio pasar, triste ahora como él, con sus ojazos negros, de azabache, de cristal negro.

43 Y Platero trotó entonces rebelde, intentando volverse a cada instante. Y sus pasos menudos, al trotar, sonaban algo así:

- Parece mentira, parece mentira, parece mentira...

44 Al menos eso creía oír Juan Ramón, porque sabía muy bien qué es lo que le hubiera gustado a su burrito, suave, peludo.

ELECO



45 ¿Sabéis qué es el eco? ¿Habéis oído alguna vez cómo la montaña repite vuestras palabras? Platero no sabía qué era y un día se asustó. Estaba con su amo en el monte.

46 El paraje estaba tan solo que parecía que había siempre alguien escondido en alguna parte. Al volver de los montes, los cazadores pasaban deprisa. En el pueblo se decía que por aquí dormía el bandido Parrales después de sus correrías por todo el lugar. La roca roja miraba hacia donde salía el sol, y a veces arriba se veía alguna cabra recortándose contra la luna amarilla del anochecer. En la pradera, una charca que sólo se secaba en agosto reflejaba trozos de cielo amarillo, verde, rosa; estaba llena de piedras que los chiquillos tiraban a las ranas desde lo alto.

47 Juan Ramón hizo parar a Platero en la vuelta del camino, junto al algarrobo que cerraba la entrada del prado. Sus frutos le daban un color negro, parecían sables colgando de las ramas.

48 El joven poeta puso las manos de forma que hicieran mayor el hueco de la boca y gritó contra la roca roja:

- ¡Platero!

Y la roca, con respuesta seca, dijo:

- ¡Platero!

49 Platero volvió, rápido, la cabeza. Y estuvo a punto de echar a correr de miedo, estremeciéndose todo.

- ¡Platero!- gritó de nuevo Juan Ramón a la roca.

Y la roca otra vez dijo:

- ¡Platero!

50 Platero miró a su amo, miró a la roca, y remangando el labio, rebuznó largamente.

51 La roca le contestó con otro rebuzno parecido, con el fin más largo.

52 Y Platero volvió a rebuznar, cada vez más espantado.

53 La roca le contestó de nuevo con un rebuzno parecido. Entonces, Platero, alborotado, empezó a dar vueltas; quería romper la correa, huir, dejar solo a Juan Ramón, hasta que él lo fue tranquilizando con palabras bajas, y poco a poco su rebuzno, ya muy bajito, se fue quedando solo.

54 La roca, silenciosa, no contestaba porque no le llegaba el sonido del pobre burrito asustado por el eco.

LA PRIMAVERA



55 Era ya primavera. Amanecía. Juan Ramón, en la cama, aún medio dormido, oía las voces endiabladas de unos chiquillos. No le dejaban dormir. Por fin, al ver que no se callaban y que no podía seguir durmiendo, se levantó de la cama de mal humor. Abrió la ventana y entonces, al mirar el campo, se dio cuenta de que no eran chiquillos los que gritaban, ¡eran los pájaros!

56 Salió al huerto y vio a los músicos del concierto de picos, libre, fresco y sin fin: decenas de pájaros. La golondrina gorjeaba en el pozo; silbaba el mirlo sobre la naranja caída; la oropéndola charlaba yendo de mata en mata; y en el pino grande, los gorriones discutían sin parar. ¡Era su concierto de primavera!

57 ¡Qué bella le pareció al poeta la mañana! El sol bañaba de oro la tierra. Mariposas de mil colores jugaban por todas partes, entre las flores, por la casa -dentro, fuera-, en el manantial.

58 Juan Ramón se imaginaba que estaba dentro de un gran panal de luz, en el interior de una inmensa rosa encendida. Y escuchaba, feliz, el concierto maravilloso de los pájaros que le habían despertado.